

Pankaj Mishra

De las ruinas de los imperios

La rebelión contra Occidente
y la metamorfosis de Asia



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

PANKAJ MISHRA

De las ruinas de los imperios

La rebelión contra Occidente
y la metamorfosis de Asia

Prólogo de
Josep Ramoneda

Traducción de
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Para las dos Ms

La historia de China no ha mostrado desarrollo alguno, de modo que nosotros ya no podemos ocuparnos de ella por más tiempo. [...] China e India están, por así decirlo, fuera del curso de la historia mundial.

G. W. F. HEGEL, 1820

A los europeos les gustaría huir de su historia, una «gran» historia escrita con letras de sangre. Pero otros, por cientos de millones, están fijándose en ella por primera vez, o están volviendo a hacerlo.

RAYMOND ARON, 1969

Nota sobre los nombres y los topónimos

Un libro como éste, que abarca un periodo y un espacio tan amplios, plantea innumerables dilemas acerca de los nombres de las personas y los topónimos –cuestiones que, de hecho, son de una naturaleza profundamente política, como descubre en seguida quienquiera que utilice el antiguo topónimo colonial de Bombay, en vez de Mumbai, para designar la ciudad portuaria construida por los británicos–. Latinizar los nombres islámicos requiere tomar una difícil decisión, por lo menos entre las tres principales tradiciones demóticas: la árabe, la turca y la persa. Al final, decidí utilizar los nombres que a mi juicio iban a resultar más familiares a los lectores que leen mayoritariamente en inglés. Por consiguiente, opté por Sun Yat-sen, utilizando el antiguo sistema Wade-Giles para latinizar los nombres chinos, en vez de la versión pinyin, Sun Yixian. Eso sigue dejando cierto margen para el debate sobre si Zhou Enlai, que es el nombre que yo utilizo, es más conocido que Chou Enlai. Y utilizo indistintamente Beijing y Pekín. Descubrí que en esas cuestiones resulta difícil ser consistente. Espero que los lectores tengan a bien disculpar mis decisiones más excéntricas.

Prólogo de Josep Ramoneda

Asia moderna: historia de una metamorfosis

Oriente sigue siendo un mundo desconocido para los occidentales. Por mucho que en los últimos tiempos se haya insistido en que el eje económico del mundo se ha desplazado hacia el Pacífico y que Europa está perdiendo peso, poder e influencia en beneficio del mundo asiático, entre Oriente y Occidente sigue habiendo barreras mentales y culturales significativas. Como cuenta Pankaj Mishra, en la década de 1920, Zhang Junmai, anfitrión de Tagore en China, sintetizaba los principios diferenciales entre su mundo y el nuestro con estas categorías: quietismo frente al activismo occidental, satisfacción espiritual frente al ansia de ventajas materiales; una economía de agricultura autosuficiente frente al mercantilismo en busca del beneficio; y una sensación de fraternidad moral frente a la segregación racial. Todo esto es historia y Asia ha adoptado buena parte del arsenal económico, político y cultural europeo. Pero los trazos del pasado siempre vuelven de algún modo y, si queremos conocer, ayudan a orientarnos. El mundo asiático es muy complejo, con tres tradiciones capitales, la confuciana, la hindú y la islámica, que definen paradigmas mentales tan alejados de los referentes culturales de Occidente que a veces forman parte de lo impensable. Y, sin embargo, el mundo contemporáneo en muy buena parte se ha moldeado a partir de los conflictos entre Occidente y Oriente. Si durante el siglo xx la atención se centraba en la guerra entre Occidente y el

comunismo, ahora se ha impuesto la idea, como escribe Mishra, de que «el acontecimiento central del siglo pasado fue el despertar intelectual y político de Asia». De los fundamentos intelectuales y espirituales de este retorno trata este libro.

Si durante el siglo XIX los pueblos asiáticos vivieron la experiencia del sometimiento a Occidente, en el siglo XX se tomó conciencia de que el hombre blanco dejaba de ser invencible y se ponía en marcha la revancha de Oriente, algo, en palabras de Mishra, «siniestramente ambiguo» cuyos éxitos han acabado en «victorias auténticamente pírricas». Mishra sitúa en la batalla naval de Tsushima (mayo de 1905), en la que una pequeña flota japonesa derrotó a la Armada rusa, el punto de inflexión. La victoria de Japón impulsó la idea de que el sometimiento a las potencias occidentales no era una fatalidad insuperable, sino que se les podía plantar cara y aspirar a cambiar las relaciones de fuerzas. Y así lo entendieron personajes determinantes en el destino de estos pueblos como Gandhi, Atatürk, Nehru o Sun Yat-sen. La libertad nacional, la dignidad racial o la simple venganza, nos explica Mishra, calaron en la cultura de aquellos países y fueron tejiendo lo que es el Oriente contemporáneo, en procesos de tensión dialéctica y de idas y venidas entre modernidad y tradición. Porque si en 1879 Al-Afghani interpelaba a los hijos de Oriente diciendo: «¿acaso no sabéis que el poder de los occidentales y su dominio sobre vosotros son fruto de sus avances en el conocimiento y la educación, y de vuestro declive en esos ámbitos?», apelando de este modo a aprender de los colonizadores, y si más tarde algunos movimientos quisieron hacer tabula rasa del pasado para combatir a Occidente, como hizo el maoísmo relegando el confucianismo, el fracaso de algunos proyectos laicos y nacionalistas tuvo que ver con el impulso de los partidarios de la recuperación de los fundamentos de la propia tradición y, en especial, del islamismo.

A partir del antes y del después que marca este momento simbólico de cesura que es la batalla de Tsushima, Pankaj Mishra construye un extraordinario ejercicio de arqueología del saber oriental moderno, hurgando en las formas de renovación y evolución del pensamiento de los dos últimos siglos. Un libro de una enorme utilidad para entender cómo de unos imperios otomanos y chinos que parecían «enfermos y moribundos» en el siglo XIX hemos pasado a unas sociedades que en Occidente generan a la vez miedo y admiración por su dinamismo y su capacidad de servidumbre y sumisión. Mishra estructura su relato a través de dos figuras intelectuales, pensadores de referencia «en la larga metamorfosis de la Asia moderna»: Jamal al-Din al-Afghani (1838-1897), musulmán, periodista, activista político, viajero impenitente, y Liang Qichao (1873-1929), quizás el más importante intelectual chino. En torno a estos dos protagonistas, en un ejercicio literario de narración ensayística, entran y salen otros destacados pensadores de la modernidad asiática, en especial el chino Sun Yat-sen, el indio Rabindranath Tagore, el iraní Alí Shariati y el egipcio Sayyid Qutb. Un impresionante retablo de unas élites culturales con enorme capacidad de influencia e interrelación entre ellas en unas sociedades con espacios de poder relativamente cerrados.

Lo apasionante del libro es reseguir la evolución del pensamiento en relación con los hechos. Cómo el colonialismo se impone y modifica la actitud de las élites dirigentes y cómo funciona la fascinación por la modernidad y la apelación a las fuentes tradicionales a la hora de buscar energías para el combate contra los colonizadores. Las biografías intelectuales de los protagonistas del libro están hechas de asunción de principios culturales occidentales, crítica modernizadora de las culturas propias y recuperación de valores, principios y creencias de las largas tradiciones autóctonas. Un ejercicio apasionante de «orientarse en el mundo moderno y

reorientar sus mentes hacia los nuevos problemas de identidad personal y colectiva». Mishra pone tres ejemplos: Liang Qichao defendió la tradición china, después la rechazó para volver a asumirla más tarde. Al-Afghani se movió entre la inculpación del islam por los desastres de sus países y su defensa apasionada, y Sayyid Qutb fue un ferviente nacionalista secular antes de convertirse en islamista radical.

Con todo, quizás lo más apasionante del relato de Mishra es cómo son, en buena parte, los propios instrumentos ideológicos y políticos occidentales los que permiten a estos países vencer a los imperialismos y reconstruir su papel en la historia. Sus grandes pensadores fueron pioneros en la crítica de la modernidad occidental, refutando el interés individual como motor de la vida humana a partir de las tradiciones filosóficas y espirituales del islam, del hinduismo y del confucianismo, y se adelantaron incluso a los europeos perplejos por la carnicería de la Primera Guerra Mundial en la pregunta por los límites de la fe y de la razón. Pero a la hora de la verdad, fueron los principios europeos del nacionalismo y del patriotismo los que actuaron como catalizadores para poder derrotar a los colonizadores occidentales. Y poco a poco han ido adaptando formas e instituciones del Estado-nación moderno: «unas fronteras claras, un gobierno disciplinado, una burocracia leal, un código de derechos para proteger al ciudadano, un rápido crecimiento económico a través del capitalismo industrial o el socialismo, programas de alfabetización masivos, conocimientos técnicos, y el desarrollo del sentimiento de unos orígenes comunes en el marco de una comunidad nacional». En dos décadas, a partir de 1945, surgieron cincuenta Estados nuevos.

De ahí que Pankaj Mishra hable de victorias pírricas. El resultado es un mundo cada vez más unificado en un solo sistema económico: sencillamente, dice Mishra, «hoy en día no existe ninguna respuesta convincente-

mente universalista a las ideas occidentales sobre política y economía, aunque cada vez parezcan ser más febriles y peligrosamente inadecuadas en amplias regiones del mundo». En este sentido la historia que relata Mishra tiene algo de fracaso intelectual: no se pudieron construir verdaderas alternativas. «El hechizo del poder occidental [...] se ha roto», al tiempo que «la esperanza que alimenta la búsqueda de un crecimiento económico sin fin es una fantasía tan absurda y peligrosa como cualquier quimera de al-Qaeda». Pero no hay trazas de la configuración de un modelo distinto. Occidente podría perder su dominio con sus propias armas. Éste es el *impasse* civilizatorio en el que nos encontramos. La arqueología del pensamiento oriental moderno quizás sea en el fondo la genealogía de nuestro propio futuro.

JOSEP RAMONEDA

Prólogo del autor

El mundo contemporáneo empezó a asumir su forma definitiva en el transcurso de dos días de mayo de 1905, en las angostas aguas del estrecho de Tsushima. En lo que hoy en día es uno de los corredores de transporte marítimo más transitados del mundo, una pequeña flota japonesa comandada por el almirante Togo Heihachiro aniquiló la mayor parte de la Armada rusa, que había dado media vuelta al mundo para llegar al lejano Oriente. La batalla naval de Tsushima, que en opinión del káiser alemán fue la más importante desde la de Trafalgar, un siglo atrás, y que a juicio del presidente Theodore Roosevelt fue «el mayor fenómeno que ha visto el mundo en toda su historia», puso fin, a todos los efectos, a una guerra que llevaba atronando la región desde febrero de 1904, y que se libraba principalmente para decidir entre Rusia y Japón quién se hacía con el control de Corea y Manchuria. Por primera vez desde la Edad Media, un país no europeo había derrotado a una potencia europea en una guerra importante; y la noticia se propagó rápidamente por todo el mundo, un mundo al que los imperialistas occidentales –junto con la invención del telégrafo– habían conferido una estrecha interdependencia.

En Calcuta, salvaguardando la posesión más querida del Imperio Británico, el virrey de la India, lord Curzon, temió que «las reverberaciones de esa victoria se hayan propagado como un trueno a través de las susurrantes galerías de Oriente». ¹ Por una vez, el altanero y a menudo metepatas Curzon acertaba de lleno acerca del sentir

de la opinión autóctona, que tuvo su mejor formulación en las palabras de un abogado, a la sazón desconocido, que trabajaba en Sudáfrica, llamado Mohandas Gandhi (1869-1948), quien predecía que «las raíces de la victoria japonesa se han extendido con tal amplitud que en este momento somos incapaces de visualizar todos los frutos que engendrará».²

En Damasco, Mustafá Kemal, un joven soldado otomano al que posteriormente todo el mundo conocería como Atatürk (1881-1938), se mostraba extasiado. Kemal, obsesionado con la idea de reformar y fortalecer el Imperio Otomano contra las amenazas de Occidente, había adoptado a Japón como modelo, al igual que muchos otros turcos, y en aquel momento se sentía vengado. A través de los periódicos de su ciudad de provincias, el joven de dieciséis años Jawaharlal Nehru (1889-1964), que más tarde sería el primer presidente del Gobierno de la India, había seguido con entusiasmo las primeras fases de la guerra de Japón contra Rusia, y había fantaseado con su propio papel en «la libertad de la India, y la liberación de Asia, de su esclavitud respecto a Europa».³ La noticia de Tsushima le llegó mientras viajaba en tren desde Dover a Harrow, su colegio privado inglés; le puso inmediatamente de «muy buen humor».⁴ Sun Yat-sen (1866-1925), el nacionalista chino, también estaba en Londres cuando se enteró de la noticia, y se mostró igualmente eufórico. Durante su travesía de regreso a China a finales de 1905, Sun recibió las felicitaciones de los trabajadores portuarios árabes del canal de Suez, porque creían que era japonés.⁵

Las especulaciones llenas de entusiasmo acerca de las implicaciones del éxito de Japón llenaban las páginas de los periódicos turcos, egipcios, vietnamitas, persas y chinos. A los niños recién nacidos en las aldeas indias les ponían nombres de almirantes japoneses. En Estados Unidos, el líder afroamericano W. E. B. Du Bois hablaba de una erupción a escala mundial del «or-

gullo de los pueblos de color». Algo parecido a ese sentimiento se adueñó visiblemente del poeta pacifista (y futuro premio Nobel de Literatura) Rabindranath Tagore (1861-1941), quien, al recibir la noticia de Tsushima, encabezó a sus alumnos en una improvisada marcha de la victoria por los terrenos de un pequeño complejo escolar de una zona rural de Bengala.*

Poco importaba la clase social o la etnia a la que pertenecieran; los pueblos subordinados del mundo absorbieron con avidez las repercusiones más profundas –morales y psicológicas– del triunfo de Japón. Aquella diversidad resultaba sorprendente. Nehru pertenecía a una familia acomodada de brahmanes anglófilos; incluso se rumoreaba que su padre, que había salido beneficiado del dominio británico sobre la India, enviaba sus camisas sucias a Inglaterra para su limpieza en seco. Sun Yat-sen era hijo de un agricultor pobre; uno de sus hermanos murió durante la fiebre del oro de California, a la que prestó servicio la mano de obra culi china. Abdurrehid Ibrahim (1857-1944), el intelectual panislámico más destacado de su tiempo, que viajó a Japón en 1909 para establecer contactos con políticos y activistas japoneses, nació en Siberia occidental. Mustafá Kemal era de Salónica (actualmente en Grecia), y sus padres eran de origen albanés y macedonio. Un posterior colaborador suyo, el novelista turco Halide Edip (1884-1964), que bautizó a su hijo recién nacido con el nombre de Togo, el almirante japonés, era un feminista de mentalidad laica. U Ottama, el icono nacionalista de Birmania (1879-1939), a quien la victoria de Japón sobre Rusia le animó a trasladarse a Tokio en 1907, era un monje budista.

* Esa región estuvo administrada directamente por la Corona británica a través de un virrey a partir de 1857 y hasta la independencia, momento en que fue dividida entre la India y Pakistán Oriental, posteriormente Bangladesh. (N. del T.)

Algunos de los numerosos nacionalistas árabes, turcos, persas, vietnamitas e indonesios que se regocijaron por la derrota de Rusia tenían unos orígenes aún más diversos. Pero todos ellos tenían en común una experiencia: la de sentirse sometidos por los occidentales, a los que desde siempre habían considerado unos advenedizos, cuando no unos bárbaros. Y todos sacaron la misma enseñanza de la victoria de Japón: los hombres blancos, conquistadores del mundo, habían dejado de ser invencibles. A partir de aquel momento empezaron a florecer infinidad de fantasías –de libertad nacional, de dignidad racial o de simple venganza– en los corazones y en las mentes que habían soportado con resentimiento la autoridad de los europeos sobre sus países.

Japón, amedrentado por las potencias occidentales a lo largo del siglo XIX, y escarmentado por el brutal trato que esas mismas potencias habían dispensado a China, se había propuesto una ambiciosa tarea de modernización interior a partir de 1868: la de sustituir un shogunato semifeudal por una monarquía constitucional y por un Estado-nación unificado, y crear una economía de corte occidental de altos niveles de productividad y consumo. En un libro titulado *El Japón del futuro*, publicado en 1886, y que fue un éxito de ventas, Tokutomi Soho (1863-1957), el periodista más importante de Japón, había expuesto lo caro que podía salirle a Japón su indiferencia a las tendencias «universales» marcadas por Occidente: «Esas razas de ojos azules y barbas rojas invadirán nuestro país como una ola gigantesca, y expulsarán a nuestro pueblo a las islas en medio del mar».⁶

Ya desde la década de 1890, el creciente poderío industrial y militar de Japón empezaba a suscitar en Europa y en Estados Unidos visiones del «peligro amarillo», una aterradora imagen de hordas de asiáticos que iban a arrasar el Occidente blanco. La derrota de Rusia vino

a demostrar que el programa de Japón para ponerse al mismo nivel que Occidente había tenido un éxito asombroso. «Estamos echando por tierra el mito de la inferioridad de las razas no blancas», declaraba entonces Tokutomi Soho. «Gracias a nuestro poderío estamos obligando a que nuestro país sea admitido como miembro entre las filas de las máximas potencias mundiales.»⁷

Para muchos otros pueblos no blancos, la humillación de Rusia parecía desmentir las jerarquías raciales de Occidente, y ponía en ridículo las pretensiones europeas de «civilizar» los países supuestamente «atrasados» de Asia. «La lógica de la “carga del hombre blanco” –declaraba Benoy Kumar Sarkar (1887-1949), un pionero de la sociología en la India–, se ha convertido en un anacronismo, salvo para los fanáticos más obcecados.»⁸ Japón había demostrado que los países asiáticos podían encontrar su propio camino hacia la civilización moderna, y su peculiar vigor. Ahmed Riza (1859-1930), activista de los Jóvenes Turcos, y posteriormente ministro, resumía esa admiración generalizada:

Los acontecimientos del Lejano Oriente han venido a demostrar la inutilidad de las intervenciones de Europa, frecuentes aunque perniciosas, a fin de reformar a un pueblo. Por el contrario, cuanto más aislado y a salvo del contacto con los invasores europeos está un pueblo, mayor es el calado de su evolución hacia una renovación racional.⁹

* Expresión derivada de un poema de Rudyard Kipling, que posteriormente se utilizó con distintos matices para expresar la responsabilidad del hombre blanco respecto a los pueblos colonizados, y que también acabó formando parte de una justificación del imperialismo como una «noble tarea». (N. del T.)

En su lucha contra el racismo institucionalizado en la Sudáfrica gobernada por los blancos, Gandhi sacaba una conclusión parecida del triunfo de Japón: «Cuando en Japón todo el mundo, ya fuera rico o pobre, llegó a creer en el respeto por uno mismo, el país logró ser libre. Fue capaz de darle a Rusia una bofetada en la cara. [...] De la misma forma nosotros también necesitamos sentir el espíritu del respeto por nosotros mismos». ¹⁰ El filósofo chino Yan Fu (1854-1921) recordaba un siglo de humillaciones infligidas a China por los «bárbaros» occidentales, desde las guerras del Opio hasta la quema del Palacio de Verano imperial en Beijing, y concluía que «la única razón de que no devoráramos su carne ni durmiéramos sobre sus pieles fue que nuestro poderío era insuficiente».

Japón acababa de demostrar que el poderío podía adquirirse. Para muchos asiáticos, atormentados por los déspotas incompetentes y los rapaces empresarios europeos, la Constitución de Japón era el secreto de su fuerza. Enarbolando su ejemplo, los activistas políticos a lo largo y ancho de Asia contribuyeron a alimentar una serie de revoluciones constitucionales populares contra las autocracias anquilosadas (la propia derrota de Rusia desencadenó una de ellas en aquel país en 1905). El sultán Abdulhamid II (1842-1918), soberano del Imperio Otomano, había seguido muy de cerca la modernización de Japón, sobre todo teniendo en cuenta que las siempre crecientes exigencias de las potencias europeas habían reducido la soberanía de Estambul a una lastimosa ficción. Pero muchos de los admiradores de Japón en el mundo musulmán eran nacionalistas laicos, incluso antirreligiosos como Abdullah Cevdet, un exiliado y escritor de los Jóvenes Turcos, que en sus escritos hablaba de Japón como el portador «de la espada, para los opresores, para los insolentes invasores; de la antorcha para los oprimidos, para los que alumbran su propio futuro». Envalentonados por la victoria de

Japón, en 1908 los Jóvenes Turcos nacionalistas obligaron al sultán Abdulhamid a reinstaurar una constitución que llevaba suspendida desde 1876. Los persas, animados al ver cómo el Japón constitucional derrotaba a la Rusia autocrática, crearon una asamblea nacional en 1906.

Aquel mismo año Egipto experimentó las primeras manifestaciones masivas importantes contra la ocupación británica. Para los musulmanes nacionalistas egipcios, Japón era «El Sol Naciente»: el título de un libro escrito justo antes de la guerra Ruso-Japonesa por el líder nacionalista egipcio más importante, Mustafá Kamil (1874-1908). Los estudiantes de los países musulmanes de todo el mundo empezaban a dirigir sus pasos hacia Tokio para aprender los secretos de su progreso. El efecto dominó de la victoria de Japón se dejó sentir hasta en el archipiélago indonesio, que acababa de ser unificado por los colonizadores holandeses, y donde los javaneses de clase alta fundaron el primer partido nacionalista en 1908.

Los cambios de mayor calado se produjeron en China, y culminaron en el derrocamiento en 1911 de una de las más antiguas dinastías imperiales del mundo. Miles de chinos acudieron en tropel a Japón a partir de 1905 en lo que entonces fue la mayor emigración estudiantil masiva a un país extranjero de la historia. Muchos de los líderes de la primera generación de la China posimperial iban a surgir de aquel grupo. En 1910, un escolar de un pueblo de la provincia china de Hunan llamado Mao Zedong (1893-1976) memorizaba una canción japonesa que le enseñó su profesor de música, un antiguo estudiante en Japón:

El gorrión canta, el ruisenior baila,
Y los campos verdes son hermosos en primavera.
El granado florece carmesí, los sauces tienen hojas verdes,
Y hay un nuevo cuadro.¹¹

Algunas décadas más tarde, cuando Japón amenazaba a China, y acordándose perfectamente de la letra, Mao dijo: «En aquellos tiempos yo conocí y aprecié la belleza de Japón, y sentí un poco de su orgullo y de su poder en aquella canción que hablaba de su victoria sobre Rusia».¹²

También en otras partes del mundo la victoria de Japón galvanizaba el sentimiento patriótico, e incluso lo llevaba hasta el extremismo. Una de las víctimas de ese nuevo estado de ánimo fue el nacionalismo liberal que habían propugnado sin éxito las élites autóctonas occidentalizadas. El estado de ánimo en Bengala, que lord Curzon pretendía fraccionar, ya era vehementemente antibritánico. Los disturbios y los atentados terroristas daban fe del endurecimiento de unos sentimientos anticoloniales a partir de 1905, unos sentimientos que hasta ese momento el Congreso Nacional Indio tan sólo había expresado tímidamente. En Calcuta y en Dacca los radicales empezaron a patrocinar viajes de estudios a Tokio para los universitarios bengalíes, y los agitadores anticoloniales afincados en Europa y Estados Unidos establecieron vínculos con los revolucionarios irlandeses y rusos, y con los líderes japoneses y chinos, a fin de introducir clandestinamente armas en Bengala.

También la burguesía culta de la Indochina francesa empezó a coquetear con los planteamientos de violencia revolucionaria. Phan Boi Chau (1867-1940), un pionero del nacionalismo vietnamita, se estableció en Japón entre 1905 y 1909, y educó a muchos estudiantes de la Indochina francesa bajo el estandarte de su sociedad, Dong Du («Mirad hacia Oriente»). Las ideas de corte darwinista social sobre la guerra racial y la lucha por la supervivencia acabaron contaminando el discurso político en Ceilán, un país budista, así como en la China confuciana y en el Egipto islámico. En El Cairo, Rashid Rida (1865-1935), cuya obra posteriormente serviría de inspiración a los Hermanos Musulmanes de Egipto, escribía con entusiasmo sobre la posibilidad de conver-

tir Japón al islam, y de transformar el «peligro amarillo» de la imaginación europea en un movimiento panasiático para la liberación del dominio de los infieles.¹³

La carnicería de la Primera Guerra Mundial, una década después de la batalla de Tsushima, iba a despojar a Europa, a ojos de los asiáticos, de casi todo el prestigio moral que le quedaba. La conquista de Asia por Japón durante la Segunda Guerra Mundial, aunque al final se quedara en nada, iba a contribuir a distanciar a gran parte del continente del dominio cada vez más debilitado de los exhaustos imperios europeos. No obstante, en un horizonte más amplio, parece que la batalla de Tsushima interpretó los primeros acordes del himno de retirada de Occidente.

Lo que Tsushima no fue capaz de revertir de inmediato fue la superioridad de las armas y el comercio occidentales, algo que se había recalcado una y otra vez en Asia y en África durante gran parte del siglo XIX. El siglo XX comenzó con la organización de expediciones punitivas de tropas alemanas contra los bóxers chinos antioccidentales, con la represión por parte de Estados Unidos de una insurrección en Filipinas, y con la lucha de los británicos, y sus tropas indias, contra los colonos holandeses en el sur de África. En 1905 esas guerras ya habían concluido con el sometimiento de China y Filipinas y con una Sudáfrica unificada bajo el dominio británico. Occidente no iba a renunciar a la posesión física de sus territorios orientales hasta muchos años después. Pero la victoria de Japón sobre Rusia aceleró un proceso irreversible de descolonización intelectual, aunque todavía no política.

En 1924, Sun Yat-sen recordaba la somnolienta última década del siglo XIX, cuando «las razas de color de Asia, que sufrían la opresión de los occidentales, pensaban que la emancipación era imposible»:

Los hombres pensaban y creían que la civilización europea era una civilización progresista —en el campo de las ciencias, de la industria, de las manufacturas y del armamento— y que Asia no tenía nada que pudiera compararse a eso. Por consiguiente, daban por sentado que Asia nunca podría hacer frente a Europa, que nunca podría sacudirse de encima la opresión europea. Ésa era la idea predominante hace treinta años.¹⁴

La derrota de Rusia a manos de Japón en 1905, afirmaba Sun Yat-sen, había infundido una «nueva esperanza» a los pueblos de Asia: «la de zafarse del yugo de la restricción y el dominio europeos y recuperar la posición que les corresponde por derecho propio en Asia». Y en el plazo de menos de dos décadas, añadía Sun, los movimientos por la independencia de Egipto, Turquía, Persia, la India, Afganistán y China se habían hecho más fuertes. Como Gandhi había predicho en 1905, «la gente de Oriente» estaba por fin «despertando de su letargo». ¹⁵ Los susurros de Oriente que tanto temía Curzon iban a convertirse muy pronto en afirmaciones y reivindicaciones de viva voz. Los individuos dispersos y aislados iban a confluír para formar movimientos de masas y avivar insurrecciones. Todos juntos iban a provocar un vuelco revolucionario de una rapidez asombrosa.

Desde su cénit a comienzos del siglo xx, el dominio de Europa sobre Asia iba a debilitarse drásticamente; para 1950, con China e India ya como Estados soberanos, Europa se veía reducida a una presencia periférica en Asia, apuntalada tan sólo por la más reciente potencia occidental, Estados Unidos, y cada vez más dependiente de un imperio no oficial formado por bases militares, presiones económicas y golpes de Estado políticos. Los europeos, y posteriormente los estadounidenses, iban a descubrir que habían subestimado la capacidad de los asiáticos para asimilar las nuevas ideas, técnicas e

instituciones –los «secretos» del poderío occidental– y para después utilizarlos en contra del propio Occidente. No habían sido capaces de advertir el intenso deseo de igualdad y dignidad entre unos pueblos a los que los pensadores más influyentes de Europa, desde Hegel y Marx hasta John Stuart Mill, habían considerado incapaces de autogobernarse –unos pensadores cuyas ideas, irónicamente, iban a resultar en realidad muy poderosas entre esos «pueblos sometidos».

Hoy en día las sociedades asiáticas, desde Turquía hasta China, parecen muy dinámicas y seguras de sí mismas. Eso no era lo que les parecía a quienes durante el siglo XIX condenaban a los imperios otomano y chino como Estados «enfermos» y «moribundos». El tan anunciado desplazamiento del poder económico de Occidente a Oriente podrá producirse o no, pero indudablemente se han abierto nuevas perspectivas en la historia mundial. Para la mayoría de la gente de Europa y Estados Unidos, la historia del siglo XX sigue estando marcada sobre todo por las dos guerras mundiales y el prolongado pulso nuclear con el comunismo soviético. Pero ahora está más claro que, para la mayoría de la población mundial, el acontecimiento central del siglo pasado fue el despertar intelectual y político de Asia, y su surgimiento de las ruinas tanto de los imperios asiáticos como de los imperios europeos. Reconocerlo es entender el mundo no sólo como es hoy en día, sino también tal y como sigue transformándose radicalmente, no ya a imagen de Occidente sino en consonancia con las aspiraciones y los anhelos de unos pueblos anteriormente sojuzgados.

¿Quiénes fueron los principales pensadores y actores de esa larga metamorfosis de la Asia moderna? ¿Cómo imaginaron el mundo en que vivimos, y en que vivirán las generaciones futuras? Este libro pretende responder

a esas preguntas por el procedimiento de contemplar la historia del mundo moderno desde numerosos puntos de vista diferentes de Asia (un continente que aquí se define en su sentido original para los griegos, donde el Mar Egeo separaba Asia de Europa, y el Nilo era la frontera entre Asia y África –una concepción geográfica no muy distinta de las actuales divisiones geopolíticas).

Occidente siempre ha contemplado Asia desde la estrecha perspectiva de sus propios intereses estratégicos y económicos, y no ha tomado en consideración –ni ha imaginado– las experiencias y las subjetividades colectivas de los pueblos asiáticos. Puede resultar desorientador adoptar esta otra perspectiva, y sin duda este libro mencionará muchos nombres y acontecimientos que no resultarán familiares a los lectores occidentales. Pero el libro no pretende sustituir una perspectiva eurocéntrica, u occidente-céntrica, por una perspectiva asiático-céntrica, igualmente problemática. Más bien, el libro aspira a abrir múltiples perspectivas sobre el pasado y el presente, en la convicción de que los presupuestos del poder occidental –cada vez más insostenibles– ya no son un punto de vista fiable, y podrían incluso resultar peligrosamente engañosos.

Desde un punto de vista occidental, la influencia de Occidente podría parecer a la vez inevitable y necesaria, que no requiere una minuciosa auditoría histórica. Normalmente los europeos y los estadounidenses ven sus países y sus culturas como la fuente de la modernidad, y su suposición se ve confirmada por el extraordinario espectáculo de la difusión universal de su cultura: hoy en día todas las sociedades, salvo algunas comunidades tribales aisladas de Borneo o de la selva tropical amazónica, parecen estar por lo menos parcialmente occidentalizadas, o aspiran a alguna forma de modernidad occidental. Pero hubo una época en que Occidente denotaba únicamente una región geográfica, y los demás pueblos presuponían sin reparos un orden universal

centrado en *sus* valores. Hasta finales del siglo XIX, los habitantes de las sociedades organizadas en torno a un núcleo de creencias sistematizadas, como el islam o el confucianismo –es decir, la mayor parte del mundo conocido–, podían presuponer tranquilamente que el orden humano seguía estando indisolublemente ligado al orden divino o cósmico más general que habían definido sus antepasados y sus dioses.

Este libro pretende ofrecer una amplia visión de cómo algunas de las personas más inteligentes y sensibles de Oriente reaccionaron a los abusos (tanto físicos como intelectuales) de Occidente en sus sociedades. Describe cómo aquellos asiáticos entendían su historia y su existencia social, y cómo reaccionaron a la extraordinaria secuencia de acontecimientos y movimientos –el Motín de la India, las guerras anglo-afganas, la modernización del Imperio Otomano, el nacionalismo turco y árabe, la guerra Ruso-Japonesa, la Revolución china, la Primera Guerra Mundial, la Conferencia de Paz de París, el militarismo japonés, la descolonización, el nacionalismo poscolonial, y el ascenso del fundamentalismo islámico– que colectivamente determinaron la actual configuración de Asia.

Los principales protagonistas del libro son dos pensadores y activistas itinerantes: Jamal al-Din al-Afghani (1838-1897), un musulmán que desarrolló una larga carrera en un estilo de periodismo mordaz y en la exhortación política en Oriente Próximo y en Asia meridional durante la segunda mitad del siglo XIX; y Liang Qichao (1873-1929), tal vez el principal intelectual chino moderno, que participó en numerosos acontecimientos que condujeron a la destrucción de las antiguas certezas imperiales de su país y a su posterior renacer, al cabo de muchos horrores, como una importante potencia mundial. Muchas de las ideas de al-Afghani y de Liang acabaron convirtiéndose en factores primordiales de cambio. Estos dos asiáticos de la primera modernidad

se sitúan en el comienzo del proceso por el que el habitual resentimiento contra Occidente y contra el dominio occidental, junto con la preocupación por la debilidad y el deterioro interior de sus respectivos países, se transformaron en movimientos de masas nacionalistas y de liberación, y en ambiciosos programas de construcción nacional a lo largo y ancho de Asia.

Además, en este libro aparecen muchos otros pensadores y líderes asiáticos. Algunos de forma relativamente fugaz, como el trabajador vietnamita, posteriormente conocido como Ho Chi Minh, que, en 1919, vestido con su chaqué alquilado intentó entregarle una petición al presidente Wilson para que ayudara a poner fin al colonialismo francés en Indochina. Otros, como Sun Yat-sen, o el poeta indio Rabindranath Tagore, o el pensador iraní Alí Shariati, y el ideólogo egipcio Sayyid Qutb, pasan rápidamente por delante de un cambiante telón de fondo. Las figuras más importantes, como Gandhi, desempeñan papeles secundarios en esta obra; su descripción de Occidente como una civilización «satánica» vino precedida de otras críticas de ese mismo estilo, pero más influyentes, en el mundo musulmán y en China.

La atención por los personajes menos conocidos es deliberada. Posibilita, a mi juicio, percibir las principales tendencias políticas e intelectuales que precedieron y sobrevivieron a las figuras más conocidas, que han llegado a monopolizar, y a limitar, nuestra visión de la India, de China y del mundo musulmán. Liang Qichao legó su obsesión por incrementar el poder del Estado a Mao Zedong y a sus herederos de la China comunista; el temor de al-Afghani a Occidente y su obsesión por el reforzamiento de los musulmanes allanaron el camino a Atatürk y Nasser, así como al ayatolá Jomeini, y todavía siguen animando la política de las sociedades islámicas.

Durante sus largas y azarosas vidas, los asiáticos de los que habla este libro manifestaron las tres principa-

les reacciones frente al poder occidental: la convicción reaccionaria de que si los pueblos de Asia se mantenían verdaderamente fieles a sus tradiciones religiosas, que supuestamente eran superiores a las de las demás civilizaciones, volverían a ser fuertes; el enfoque moderado de que los asiáticos necesitaban únicamente unas pocas técnicas occidentales, pues las tradiciones orientales ya aportaban una sólida base para la cultura y la sociedad; y la enérgica determinación, asumida por los secularistas radicales como Mao y Atatürk, de que era imprescindible revolucionar totalmente el antiguo estilo de vida para poder competir en las condiciones del mundo moderno, donde imperaba la ley de la selva.

La forma de este libro –en parte ensayo histórico y en parte biografía intelectual– está en cierto modo motivada por la convicción de que las líneas de la historia convergen en las vidas individuales, aunque éstas tengan sus propias formas e inercias. Los primeros hombres de la Asia moderna que el libro describe viajaban y escribían de forma prolífica, evaluando incesantemente sus propias sociedades y las de otros países, sopesando la corrupción del poder, la decadencia de la comunidad, la pérdida de la legitimidad política, y las tentaciones de Occidente. Sus apasionadas investigaciones se antojan en retrospectiva como un único hilo conductor, que va entrelazando unos acontecimientos y unos territorios aparentemente inconexos para formar una única telaraña de significado. Así pues, mientras voy describiendo la atmósfera intelectual y política general en Asia a finales del siglo XIX y principios del XX, espero por encima de todo volver sobre los pasos de las andanzas de aquellos hombres por los vericuetos de la historia y el pensamiento modernos. Porque, a pesar de ser relativamente desconocidos, ellos contribuyeron a crear el mundo en que vivimos, para bien o para mal.

También disponible en ebook

Un jurado compuesto por Tzvetan Todorov, Wolf Lepenies, Enrique Vila-Matas, Jordi Llovet y Tomàs Nofre concedió a esta obra el V Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre.

Título de la edición original: *From the Ruins of Empire*
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: octubre 2014

© Pankaj Mishra, 2012
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2014
© del prólogo: Josep Ramoneda, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: gama sl
Impresión y encuadernación: Printer Portuguesa Edifício Printer,
Casais de Mem Martins
2639-001 Rio de Mouro, Portugal
Depósito legal: B 16397-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-45-3
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-6076-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)